

Fundamentación



Tu compromiso
mejora el mundo

Presentación

La Campaña institucional de Cáritas aborda el compromiso como eje vital de su forma de ser y estar en el mundo para anunciar la buena noticia de Jesús en este tiempo en el que el sufrimiento y el dolor de millones de seres humanos convive con la indiferencia de otros tantos seres que van diluyendo el valor de la dignidad humana en la autocomplacencia, la comodidad, el liberalismo económico y la filosofía del “todo vale para salvarse uno mismo”.

Este reflejo busca encarnarse en todas las personas y, en concreto, busca encarnarse en las que dan vida a lo que es Cáritas, la Iglesia, Pueblo de Dios que se une en comunidad para mejorar la vida de los más pobres y hacer suyas las palabras de Jesús en la sinagoga: *el Señor me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar corazones desgarrados... para proclamar el año de gracia del Señor* (Lc 4, 14-20).

Es urgente que actualicemos cada día esta escucha activa del Espíritu que se manifiesta en todo lo creado, para sabernos y reconocernos enviados a la cotidianidad de nuestro mundo herido y ser esa buena noticia que anuncia Jesús, que dé auténtico sentido a nuestro seguimiento como discípulos y así ser compañeros de camino de los que están solos, de los que lloran, de los que son perseguidos, de los que tienen hambre y sed de justicia, y así poder recibir la bendición de llamarnos todos bienaventurados.



El camino recorrido

En el **primer año** de campaña hemos querido **tomar conciencia** de lo que significa e implica vivir el compromiso cristiano, centrándonos en la tarea de vernos y ver fuera de nosotros, para descubrir y despertar ante la realidad que nos rodea. Hablábamos de compromiso como una forma de ser y estar en el mundo.

En el **segundo año** de campaña la invitación y el cuestionamiento se ha centrado en el **dejarnos tocar y transformar** por la realidad de las personas que viven en situación de pobreza: la experiencia y el encuentro con quien sufre nos transforma.

En esta **tercera edición**, y ante el dolor y sufrimiento de tantas personas que nos rodean, ante la continuada vulneración de derechos humanos de los más débiles y desprotegidos, queremos invitar a que **interactuemos con la realidad, con las personas y con el mundo de otra forma**, desde la atención plena y la escucha, con el corazón abierto para ser capaces de **responder** a lo que la realidad nos demanda.

Antes de llegar a la orilla de la vida del otro con nuestras soluciones, es importante escuchar antes lo que acontece en la vida y en la historia de las personas. Sólo así podremos dar a cada cual su lugar, su propio espacio, único y personal, el que cada uno necesitamos y deseamos para sentirnos plenos de dignidad. Así, evitaremos desembarcar nuestras habilidades y nuestros recursos en tierras ajenas, en vidas de personas tan sagradas como las nuestras y empezaremos a construir y tejer caminos de doble dirección donde todos podemos *aprender a ser servidos y a servir*, en relaciones de justicia y de equidad.

Como agentes de Cáritas, como comunidad cristiana, como personas que nos sentimos llamadas a transformar el mundo **trabajando por la justicia y anunciando la buena noticia de Dios** que ama y salva a toda la humanidad, necesitamos entrar en un **nuevo diálogo social**, más allá de nuestra realidad individual y comunitaria, de nuestras buenas intenciones y de nuestros pro-

Interactuemos con la realidad, con las personas y con el mundo de otra forma

yectos particulares, para sanar y cambiar las cosas no sólo desde nuestra mirada sino desde un enfoque más global y compartido.

Este diálogo nos posibilita para entrar en una *nueva dinámica de relación*, la de la acogida como una forma diferente de percibir al otro que nos lleva a favorecer el **encuentro** más allá de la realidad diferente del otro que muchas veces vivimos como amenaza, en vez de como oportunidad.

Nos permite acercarnos a los demás de otra manera, sin pretensiones, desde la cercanía del tú a tú que nos hace preguntar quién eres, *cuál es tu nombre*. Y sólo después de escuchar, acoger, entender, hacer lo del otro propio, sólo entonces, podremos preguntarnos juntos **qué podemos hacer para mejorar lo que genera dolor en nuestro mundo**.

Objetivos

- 1) **Suscitar reflexión** sobre cómo nos asomamos a la realidad del mundo y de las personas. Descubrir si somos capaces de percibirlo con los sentidos, de tocar y rozar las miradas de las personas diferentes, las que sentimos extrañas a nuestras costumbres, a nuestras formas de hacer y pensar. Pueden ser compañeros de trabajo, compañeros de voluntariado, de clase; también las que están en tu grupo de amigos, en tu propia familia, a veces con miembros tan diversos y tan difíciles de comprender.
- 2) **Aprender a congobernarnos** con las vidas de personas muy concretas: *las personas pobres, los enfermos, los mayores solos, los extranjeros, las personas sin hogar, los presos...* (cfr. Mt 25, 31-40), para acortar distancias entre sus vidas y las nuestras, para dejar de hacerlas invisibles y dejar que su vivencia nos cuestione.
- 3) **Cuidar la espiritualidad** que alimenta e impulsa el sentido de nuestro compromiso cristiano. Dios ha salido a nuestro encuentro mucho antes de que nos diéramos cuenta. Dios ha salido a nuestro encuentro para darse y hacerse vida en nosotros.



Nuestra propuesta

Decimos que queremos mejorar el mundo, hacerlo más habitable. Miles de personas, millones, vemos todos los días en cualquier rincón del mundo a través de los diferentes canales de comunicación escenas de dolor y sufrimiento, de hambrunas y de guerras, de abusos y violaciones de derechos humanos continuadas y consentidas, de desastres naturales sobrevenidos y provocados por nuestra carrera de fondo en pos del desarrollo de los pueblos y la prosperidad de las naciones.

Pero en medio de esta realidad que vemos de cerca y de más lejos, a pesar de nuestra sensación de frustración e impotencia ante la inabarcable situación de pobreza y dolor reflejada en tantos rostros de seres humanos de tantos lugares, aún nos queda espacio para **soñar con un mundo mejor**, para preguntarnos qué podemos hacer, qué gestos concretos podemos aportar a pesar de que algunas veces tengamos la sensación de que lo que hacemos no cambia mucho las cosas.

Esta capacidad de *soñar y anhelar* algo distinto es universal a todas las personas de este planeta. Da igual la ideología, la religión, los hábitos de vida, las costumbres, el rango social o cultural que tengamos, la época de la historia que nos haya tocado vivir. El anhelo de dignidad, de amor, de paz, de justicia, de algo mejor, habita en el corazón de todos los seres humanos, lo sepamos reconocer o no.

Este es nuestro punto de partida para preguntarnos **cómo podemos hoy mejorar el mundo**. Desde Cáritas respondemos que podemos mejorar el mundo cuando *somos don, somos misión y somos en comunidad*.



1. Reconocer el don que somos

Todo es don, todo es gracia. Lo afirma Ignacio de Loyola y multitud de hombres y mujeres a lo largo de la historia que han sabido reconocer la vida que se regala y se renueva de generación en generación.

La vida es don que se manifiesta en cada uno de nosotros, seres vivos, únicos, nuevos, irrepetibles, Dios mismo fluyendo desde el principio de los tiempos y desde el que seguimos manando a cada instante, recreando el Amor que dinamiza la obra de la Creación.

Todo es don, yo soy don, tú eres don. Todos somos objeto continuo del don de Dios. Pero no somos dueños de este don que gratuitamente se derrama sobre nuestras conciencias. Sí tenemos la capacidad de acogerlo, recrearlo y repartirlo y para ello lo fundamental es *vivir disponibles al don*¹. En la medida que el don llega a nosotros y lo reconocemos podemos *crear la disponibilidad* para acogerlo y compartirlo; de esta forma nos vamos haciendo don para los demás.

Es así como Dios va entretejiendo una complicidad con cada ser humano, entabla un nuevo diálogo en el que desde *el don que él es, nos va convirtiendo en don recibido y en don entregado*. Dios se comunica con cada uno de nosotros en una *relación personal e inmediata* (K. Ranher), o a través de infinitas mediaciones para encontrarse con la verdad que somos.

Cuando tomamos conciencia de esta verdad en nosotros podemos entrar en comunión con Dios y con el resto de la humanidad. La acogida del don que somos se convierte en don que brota de nuestra autenticidad más honda para darse en el encuentro con los demás.

El ejemplo más claro de vivencia del don con esta conciencia plena es María de Nazaret, una mujer sencilla, sin estudios, una joven de pueblo tal vez sin demasiada experiencia en la vida. “Llena eres de gracia”, llena del don y del favor de Dios.

Una mujer sin recursos pero que se sabe y se reconoce regalada. “Hágase en mí según tu palabra”. Ese *hágase en mí* resuena a través de los siglos con plena disponibilidad y apertura para acoger la vida en ella. *Hágase, brote en mí la fuerza del amor y yo, devolveré amor.*

El ser de Dios viene sobre ella antes de hacer que en ella brote la nueva vida.

¹ Benjamín González Buelta. *Disponerse al don. Pasividades en el vértigo digital*. Sal Terrae, 2018.

María se sabe don y el sentido de su vida, su proyecto de felicidad, es hacerse don y acogida del Hijo de Dios.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con nuestra vocación de mejorar el mundo, con nuestro compromiso de defender los derechos humanos, con la acogida en nuestras parroquias, con los proyectos sociales, con el voluntariado, con las miles de reuniones, encuentros y programaciones que realizamos, con el dolor del mundo?

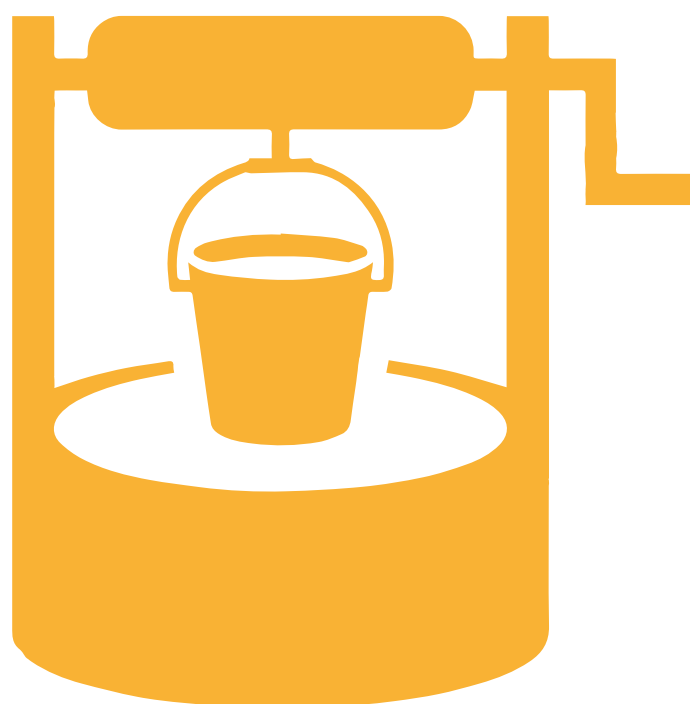
¿Qué tienen que ver estas palabras que podrían parecer nos lejanas de nuestras ocupaciones diarias, de nuestras ansias de inmediatez y resultados?

Vamos a asomarnos a dos escenas del Evangelio en las que Jesús se encuentra con distintas personas y con las que va a ir dibujando esa nueva forma de encuentro y diálogo, en las que se pone en juego la *dinámica del don*.

**“Si conocieras el don de Dios...
tú le pedirías agua a él” (Jn 4, 7-29)**

Pasamos por la vida muchas veces sin ver o sin saber, absorbidos por nuestras prisas y necesidad de obtener resultados y efectividad. Vestidos de seguridad y conocimiento, nuestra autoridad refleja el control que tenemos sobre lo que decimos y hacemos, y se convierte con frecuencia en carta de presentación en nuestras relaciones sociales. Los desencantos y las frustraciones de la vida que parecen debilitarnos, nos acorazan y erigen en amos y señores de las situaciones comunes de nuestra vida. Hasta que un día, caemos en la cuenta de que tenemos sed.

Una mujer de Samaría se acerca a buscar agua a un pozo. Junto a él, un hombre sentado, parece agotado. El pozo es un lugar sugerente, un lugar al que puede acudir cualquiera, un lugar de trasiego donde se cruzan



La acogida del don hace posible el encuentro, ahí es donde Dios nos busca y nos requiere

conocidos y forasteros, un lugar cotidiano para el encuentro. Jesús empieza la conversación pidiendo agua a la mujer extranjera que, sorprendida al percibirle judío, trata de eludir la tarea. Jesús no se anda con rodeos, y le habla del don de Dios y de agua viva.

Lo que empieza siendo un encuentro fortuito se convierte en una nueva relación de la samaritana con la vida. Ella, que hubiera podido dar agua al hombre con sed, termina pidiéndole a él agua para sanar su propia historia.

La samaritana, casi sin saberlo, junto al pozo, *se dispone al don*, muestra su debilidad y su necesidad, su profunda sed, a pesar de que es ella la portadora de los recursos –un cántaro– para dar agua a otros.

Cuántas veces vamos nosotros por la vida con el cántaro lleno de todo lo que pensamos que le puede venir bien al otro, y sin dejar casi espacio para escuchar su necesidad, le servimos con generosidad y probablemente con muy buena intención.

La acogida del don hace posible el encuentro, inesperado y sencillo, en el devenir de cada día. Ahí es donde Dios nos busca y nos requiere. Se regala y nos invita. La samaritana es capaz de salir de su zona de confort y protección para exponerse, para escuchar la verdad sobre sí misma, y convertirse en mensajera de buenas noticias. Las palabras de Jesús son verdaderas y respetuosas, la conducen a ahondar en su corazón, reconciliándola con sus miedos. El diálogo se convierte en ella en gracia y don que la mueve para volver a su pueblo y gritar a los cuatro vientos “¡venid y ved!”.

“¿Qué quieres que haga por ti? Maestro, que vea otra vez” (Mc 10, 46-52)

Para poder amar de manera concreta, necesitamos antes comprender que no somos autosuficientes y necesitamos disponernos para recibir.

Si no somos capaces de reconocer el don que nos habita, de recibirlo con gratitud y agradecimiento, ¿qué vamos a ser capaces nosotros de dar para mejorar el mundo?

El ciego Bartimeo ha dejado pasar una gran parte de su vida sentado a la vera del camino. La vida se ha ido desgranando delante de sus ojos apagados, el bullicio de los acontecimientos y de las risas y llantos de cientos de personas con sus historias



diferentes, ha llegado a sus oídos, al tiempo que el polvo de sus pies le ha ido contagiando de sueños y frustraciones, de búsquedas y vacíos.

Su ceguera le ha llevado a ser invisible, un marginado más de su tiempo. Es hijo de Timeo, aún le queda algo de su nombre, de su historia, de sus recuerdos. El hombre ciego ha oído hablar del *hombre de los milagros*, un hombre que habla un lenguaje diferente. El ciego que no puede ver, se ha hecho experto en todo tipo de sonidos, incluso es capaz de escuchar aquellas palabras que nunca llegan a pronunciarse y se pierden en los silencios.

Por eso puede oír que llega el Maestro, ya desde lejos. Parece que le está esperando desde hace tiempo, cuando le grita con desesperación en medio de la muchedumbre al pasar junto a él. Su grito desgarrado pidiendo compasión está lleno de esperanza. Su corazón está disponible para el don, para que la nueva vida brote de alguna manera en él.

Jesús no puede pasar de largo, todo lo contrario, se detiene y se vuelca entero sobre aquel hombre pobre y desahuciado al que ve lleno de posibilidades. "Maestro, que vea, que vea, que vea otra vez"... su insistencia y la hondura de su confianza han transformado su ceguera en don. "Anda, tu fe te ha curado".

Las palabras de Jesús son decreto, las pronuncia con autoridad. Ya no tiene que esperar más. La vera del camino forma ya parte de su historia sanada, ahora es un hombre nuevo, un don para darse y desgastarse entre las gentes de su tierra.

La medida ética de un ser humano no depende de lo que sepa, depende de su capacidad para darse

Lo central que somos es donación. *Estamos hechos para el don*², como dice Benedicto XVI. Solo si reconocemos el don que somos podremos responder al plan de Dios para cada uno de nosotros que no es otro que ser felices, amando y dejándonos amar, y vivir la vida que tenemos con plena conciencia y pleno sentido, desde el ser. El que acoge este don podrá hacer las cosas nuevas que anuncia Jesús.

Damos vida a los demás cuando damos de lo que tenemos, de lo que hemos recibido como gracia, como don, de lo que somos.

La situación de pobreza y de exclusión social que viven tantas personas en nuestra sociedad y en el resto del mundo interpelan nuestra conciencia y nuestro compromiso. La lógica individualista y de mercado convive con nuestro modo de hacer y de estar en los distintos ámbitos de nuestra vida. Por eso es necesario ampliar nuestros parámetros racionales, para zambullirnos en la lógica de la gratuidad y del don.

“La medida ética de un ser humano no depende de lo que sepa, de lo que haga, del tiempo que haya vivido, de la obra que haya creado o del dinero que haya acumulado o gastado a lo largo de su vida. Depende de su capacidad para darse. Deberíamos acostumbrarnos a manejar esta medida para evaluar la bondad de un ser humano, pues el don se convierte en el verdadero parámetro...”³.

Mejorar el mundo, de esta forma, se convierte en reto para transformar la indiferencia y la superficialidad dominantes en gratuidad y don. Por todas partes hay señales, proyectos de vida que luchan por emerger y conquistar la dignidad perdida. Miles de personas y grupos humanos hoy son fieles a la verdad de la vida y a la lucha por un mundo posible y más justo, y dan testimonio del Espíritu de Jesús vivo en medio de nosotros, recreando continuamente ese don que somos y que está llamado a despertar y a multiplicarse.

Estamos llamados a ser signo del don que somos y recibimos para poder ser acogida social y ciudadana, para acortar distancias entre lo que confesamos y vivimos, y encarnar el encuentro de Jesús con las samaritanas y los bartimeos de nuestro mundo.

² Benedicto XVI, cfr. *Caritas in veritate*, n. 34

³ Fransesc Torralba, *La lógica del don*, Khaβ, p. 159.

2. Dispuestos para la misión

Somos don y por ello también somos misión. “Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo... Misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar”⁴. Es la expresión de la vocación, del sentido de nuestra presencia en el mundo, un proyecto para la vida. Jesús lo expresó con otras palabras cuando desplegó el rollo de las Escrituras al inicio de su misión en su pueblo de Nazaret:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor”⁵.

Podríamos concluir aquí toda referencia a la misión porque estas palabras resumen todo su significado:

- ▶ el reconocimiento en uno mismo del don del Espíritu;
- ▶ la invitación al anuncio de la buena noticia de salvación, a la evangelización;
- ▶ el compromiso expresado en la acción de liberar y sanar a los pobres y excluidos de la sociedad.

Pero la realidad de sufrimiento que vivimos en nuestro mundo y la inquietud de mejorarlo nos llevan a ahondar en la búsqueda de pistas o claves que nos ayuden a concretar cómo podemos llevar a cabo hoy esta misión. Como cristianos y cristianas no queremos transformar el mundo de cualquier manera y a cualquier precio. Lo que queremos es transformar el mundo conforme al sueño de Dios, desde el trabajo por la justicia, la construcción de la paz y tejiendo redes de solidaridad.

Esto nos implica de una forma diferente y nueva. No se trata de vivir la misión desde un compromiso más o menos voluntarista y reglado, sino de dar respuesta con la propia vida a la invitación a ser don, y al dolor del mundo que nos re-

⁴ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 273.

⁵ Evangelio de Lucas 4, 18-19.

Este clamor por la justicia es lo que nos moviliza para proteger, servir, amar y defender la dignidad de los más vulnerables

clama: "He visto la opresión de mi pueblo... he oído sus quejas... me he fijado en sus sufrimientos"⁶.

Este clamor por la justicia es lo que nos moviliza para proteger, servir, amar y defender la dignidad de los más vulnerables, en esto consiste el grueso de nuestra misión hoy.

En este intento de concretarla un poco más, de traducir el trabajo por la justicia en un talante, en una espiritualidad cotidiana, el pasaje del Buen Samaritano⁷ desgrana una pedagogía para la vida que nos lleva al encuentro con Dios a través del sufrimiento y el dolor de los otros: "Aprended a obrar el bien, buscad el derecho, enderezad al oprimido"⁸.

Caminar con una nueva sensibilidad

El samaritano iba de camino, vio de lejos y se acercó. El reino de Dios emerge en la vida ordinaria, en medio de nuestros quehaceres, nuestro ir y venir apanados en la tarea. Pero el reino sólo puede darse caminando la vida de una determinada manera. Lo que hace diferente al samaritano del sacerdote y del clérigo es su mirada distinta que cambia radicalmente la manera de percibir la realidad.

Unos pasan de largo, son incapaces de ver. El samaritano ve y se acerca.

El hombre herido está junto al camino, es imposible no verle. Está casi agonizando, desnudo, despojado de todo. Su dolor se ha convertido en un murmullo lejano que el samaritano es capaz de percibir. Y se para y se acerca.

"Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos..."⁹. El samaritano pone en juego todos sus sentidos. La vista y el oído son los sentidos de la distancia, perciben desde lejos.

El olfato, el gusto y el tacto son los sentidos de la cercanía, del contacto físico. Entre unos sentidos y otros, el samaritano experimenta una conmoción interior. Vio

⁶ Éxodo 3, 7.

⁷ Lucas 10, 30-37.

⁸ Isaías 1, 17.

⁹ 1 Juan 1, 1.

y sintió lástima, vió y se compadeció. Sus sentidos se han dispuesto en actitud de salida, disponibles para el encuentro que de forma natural le impulsan a bajarse de la cabalgadura y acercarse. El samaritano tiene una forma contemplativa de relacionarse con la realidad, desde una espiritualidad que le invita a ver y a mirar la realidad para conjugarla con su propia existencia.

En esta nueva forma de disponer los sentidos nos jugamos la misión y nuestro seguimiento de Jesús hoy.

Y yo, ¿qué no estoy viendo hoy en mi vida concreta? ¿Qué no estamos viendo hoy en nuestra tarea de construir Iglesia, de trabajar por la justicia y defender el derecho y la dignidad?

¿Cómo podemos convertirnos en “tiendas del encuentro”, espacios para acoger, sanar y ensanchar el corazón de la ciudadanía, de los políticos, de los medios de comunicación, de nuestros propios hogares?

La revolución de los cuidados

Este es el título de un artículo escrito por la teóloga Pepa Torres que puede expresar muy bien una segunda clave para repensar nuestro trabajo por la justicia.

Después de acercarse al hombre herido, el samaritano le cura las heridas, se las lava con aceite y vino, y luego se las venda. Esto probablemente le lleva un tiempo.

El samaritano iba de viaje y tiene que hacer un cambio de planes. Esto supondrá un retraso, un cambio total en sus expectativas iniciales. Su proyecto personal ha cambiado. Curar al hombre requiere toda su atención. Poco importan ahora sus asuntos particulares, sus compromisos. Un desconocido, un hombre herido, ha ocupado de lleno su presente. El dolor de la persona herida y vulnerada ocupa ahora el centro de su vida.

Pero el samaritano no se limita a curar las heridas, a atender la primera necesidad, sino que va más allá. El samaritano le cuidó. Una espiritualidad que promueve la justicia no sólo cura heridas sino que cuida a la persona. La tarea caritativa y social atraviesa el corazón del samaritano y le cambia la perspectiva y la misión.

Una
espiritualidad
que promueve la
justicia no sólo
cura heridas
sino que cuida
a la persona

Cuidar a la gente tiene que ver con la posibilidad de que las personas se enderecen, se levanten y retomen su vida y su camino. “Escúchame tú: ponte en pie, carga con tu camilla y vete a tu casa”¹⁰. Jesús invita a abrir los oídos, a entender el dolor del mundo y el propio, a asumir la realidad y a hacerse cargo de ella en la vida diaria, en la historia personal de cada uno. Cuidar se convierte así en la oportunidad para que la gente recupere la conciencia de su dignidad y sus capacidades.

Caridad y compasión se concretan no sólo en el cuidado del caminante maltrecho y herido, sino también en la reforma de la carretera que va de Jerusalén a Jericó para que no puedan repetirse los latrocinios¹¹.

La caridad asistencial y la política son necesarias y se exigen mutuamente. La caridad que nos lleva a acompañar, asistir y cuidar las necesidades inmediatas exigen una caridad de largo recorrido como sería, por ejemplo, trabajar y defender el acceso al derecho a la salud para todos y poder ser atendidos con dignidad... abriendo así caminos a la justicia y poniendo ternura en el cuidado y atención a las personas.

¿Cómo podemos concretar nuestra tarea de sanar y cuidar en la defensa de la dignidad de las personas más pobres, vulnerables y solas?

Trabajo en red

Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta. Esta tarea de ser misión y de trabajar por la justicia tiene que ver también con enredar a otros. El samaritano no sólo se implica en la atención y cuidado del hombre herido sino que involucra al posadero y a sus bienes para que le atienda durante el tiempo que haga falta.

El samaritano sabe que el estado del herido es grave. Su curación no va a ser cuestión de unos días o unas semanas. Es un proceso que va a requerir una atención esmerada durante un tiempo más o menos largo y va a necesitar de recursos que ahora mismo no puede afrontar.

Por eso necesita del apoyo de otros. El samaritano solo no puede asumirlo todo. Él ha facilitado el primer apoyo, la primera ayuda, y lo que hace es generar una pequeña red, un pequeño modelo de intervención con los recursos del posadero y de

¹⁰ Mc 2, 11.

¹¹ M. Luther King, La fuerza de amar, Aymá, Barcelona 1973, p. 28.

su entorno. Promueve un sistema, una red capaz de transformar la realidad más allá de sus propias capacidades.

El samaritano conoce a fondo sus dones, sus habilidades pero también sus limitaciones. Pone a disposición lo que tiene, pone en marcha la comunicación cristiana de bienes para que entre todos se pueda producir un cambio real en la vida de todos.

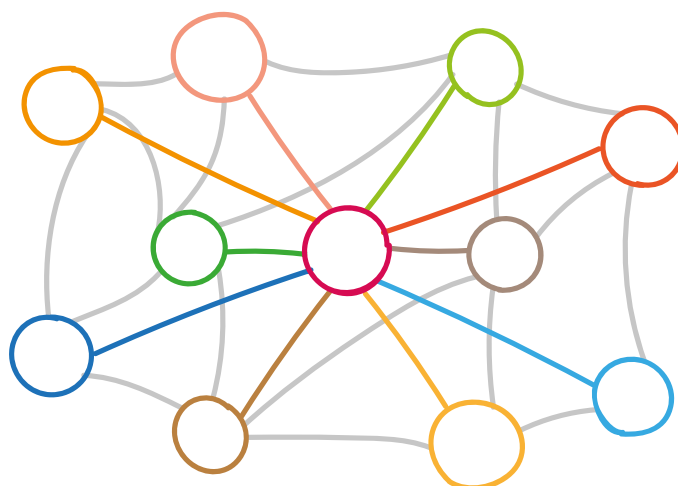
Esta forma de vivir la misión, además, no es temporal, es para siempre. El samaritano volverá, se lo ha dicho así al posadero. Le pagará los gastos extras pero el tiempo y el corazón del posadero, su propia vida y la de todos aquellos que participen en el proyecto, eso, lo pondrán gratuitamente, por su propia cuenta, desde su libertad.

Una vez que han visto, han oído, han tocado, han sentido, han entrado en una dinámica que es para siempre.

Ya no se trata de dedicar un rato, un tiempo de la vida para atender a otros, es la propia vida entera que se va orientando, enfocando hacia el proyecto de vida de Dios para todos.

La experiencia de entrar en relación con el sufrimiento del otro es una experiencia vital que hace salir lo mejor de nosotros mismos. El don que habita en cada uno, en todos nosotros, en el samaritano, en el posadero y en su pequeño entorno, brota de cada interior cuestionado por la experiencia de encuentro haciendo de la misión algo extraordinario que va más allá de lo que toca hacer: se transforma en ser, en el don que cada uno somos y se convierte en espacio privilegiado para el encuentro con Jesús.

Esta forma de vivir la misión, no es temporal, es para siempre



3. Invitados a crear comunidades de esperanza

Dios no nos llama a nosotros solos, en una relación exclusiva con Él, sino orquestándonos con otros muchos, de tal manera que todas las originalidades se unifiquen en el mismo acto de crear un tejido multicolor, intercultural e interreligioso¹².

“El gran desafío es permanecer y crear en las fronteras el don nuevo de Dios, que es el de una humanidad nueva y más justa”

Jesús desde el principio desarrolla su misión en comunidad, convoca una red informal de amigos impactados por su persona y por la novedad de su propuesta y los invita a acompañarlo¹³.

No es posible ser felices sin asumir, según la capacidad de cada uno, el dolor del mundo que encontramos en nosotros mismos, en los seres cercanos y también en los más vulnerables y excluidos. Hoy en día recibimos multitud de alternativas para distraernos y alejarnos del dolor propio y del ajeno, propuestas para encapsularlo y alejarlo de nuestras vidas. Vivimos con esta tentación continua pero la realidad de la vida es más fuerte y nos propone aprender a fluir en su corriente para acogerla y comprenderla como un todo donde podamos integrar el dolor y transformarlo con amor.

La cercanía de otras personas que buscan una felicidad que puede dar sentido y plenitud a su vida permite realizar el camino con otra perspectiva. Compartir



¹² B. G.B., *Disponerse al don*, p. 102.

¹³ Ver Juan 1, 35-42.

los sueños y las dificultades, los dones y las limitaciones, las fortalezas y las debilidades, multiplica la capacidad de respuesta que podemos dar a la realidad que nos rodea y nos permite aprender a vivir desde ella, asumiéndola, aceptándola, impulsándonos a dar lo mejor que somos y tenemos.

“El gran desafío es permanecer y crear en las fronteras el don nuevo de Dios, que es el de una humanidad nueva y más justa”¹⁴, y esto podemos hacerlo haciéndonos fuertes en red, creando y fortaleciendo una red de comunidades en torno a Jesús que salen al encuentro de los pobres, de los migrantes, de los encarcelados, de los que lloran y sufren, para proclamar *el año de gracia del Señor*.

Todo nos invita a ser esperanza, a hacer posibles nuevos brotes de vida por todas partes. La esperanza se hace real y tangible cuando hay transformación personal y comunitaria.

“Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo... Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a sus propias seguridades... Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite incansable, ¡*Dadles vosotros de comer!* (Mc 6, 37)”¹⁵.

Ser don y ser
misión nos
lleva hoy a ser
comunidades
de compasión
transgresora



¹⁴ B.G.B., *Tiempo de crear*, p. 15.

¹⁵ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 49

Ser don y ser misión nos lleva a constituirnos en comunidades de compasión transgresora que defienden y procuran la dignidad de las personas, y en comunidades de esperanza capaces de sembrar vida nueva para mejorar el mundo.

Si queremos seguir a Jesús, si queremos sentarnos a su mesa y compartir la vida y el compromiso, el pan y el vino, tal y como Jesús nos enseñó, no podemos perdernos en atajos y senderos que nos alejen del ver y mirar la realidad desde el trabajo por la justicia y la paz.

Algunas claves para ser comunidades de esperanza hoy

Comunidad que escucha y acoge

Es una comunidad de personas, de hombres y mujeres, que vive atenta a la realidad que le rodea y que, como Jesús, sabe detenerse en los pozos y fuentes del camino para detectar la sed de Dios de quienes por ellos pasan. Estos mismos hombres y mujeres experimentan la sed de Dios en su día a día, y buscan de mil maneras encontrarle por los caminos, en el silencio de campos deshabitados o bajo la sombra de los árboles; en el ruido incesante de las grandes urbes, en los barrios de calles estrechas y llenas de gente.

Una comunidad que acoge vive en estado de alerta para olfatear las situaciones de quiebra de derechos humanos y no se queda indiferente



Esta sed de Dios les invita, les suscita, les pone en relación con lo que no entienden de sí mismos, con lo que les desborda del dolor, del sufrimiento de los otros.

Y les convierte en comunidad de llegada y de acogida para recibir a otros que también tienen sed y darles agua viva que saciará y aliviará su vacío.

Una comunidad de acogida es capaz de acompañar los procesos y de acoger los acontecimientos de la vida de las personas vulneradas en sus derechos, vive en estado de alerta para olfatear las situaciones cotidianas de quiebra de los derechos humanos y no se queda indiferente. Se sacude el polvo de sus rutinas y se pone en marcha para recibir y para dar.

Comunidad que ora y celebra

Una comunidad de esperanza vive poniendo a Jesús en el centro de su proyecto de vida, de su misión. Jesús se constituye como el único y absoluto Señor de la Vida y sus miembros tratan de pasar sus decisiones, sus opciones, su estilo de vida, por el tamiz de los valores evangélicos para reconstruir el bien común, conscientes de que solos no son capaces de lograrlo.

Necesitan acompañarse, orar juntos, festejar los logros y las decepciones. Celebran juntos los sacramentos de la vida y se animan unos a otros para buscar la voluntad de Dios en su vida personal, en sus proyectos y tareas, en la misión que se sienten llamados a realizar.

Son capaces de hacer paradas en el camino para mirar de forma contemplativa su realidad y la del mundo, para escuchar ambas y devolver respuestas, no solamente inspiradas en sus conocimientos sino en la sabiduría que les suscita el Espíritu de Dios. Contrastan su acción y los efectos de la misma, evalúan el camino realizado y lo reorientan cada vez que sea necesario.

De esta forma, la tarea no es un deber ni una carga. Es una gracia, un don, un regalo.

La capacidad de asombro y de gratuidad por todo lo recibido dispone a las comunidades portadoras de esperanza a ser continuo don, contagiando alegría, compartiendo lo que son y lo que tienen, abriendo espacios para que otros entren y se puedan tejer nuevas relaciones y proyectos.

Comunidad que comparte vida y encuentro

Una comunidad de esperanza es signo de vida para otros. En ella la vida brota continuamente y se renueva. Las personas que forman parte de ella no solo comparten tareas, proyectos y trabajo, se comparten a sí mismas, ponen su propia vida en juego, se exponen a los demás desde lo que son y se ponen al servicio de los otros, no para ser los primeros, para ostentar poder y admiración, sino para servir con humildad y sencillez.

Hacen falta comunidades proféticas que desvelen las situaciones de injusticia y se atrevan a poner nombre a todo aquello que causa dolor y miseria

Esto les hace más comprensivos y tolerantes con las debilidades de los demás, porque son conscientes de las suyas propias. Son el germen de nuevas relaciones de vecindad donde se gesta un nuevo diálogo entre lo personal y lo comunitario.

En este dejar fluir la vida y compartirla, se produce el encuentro incondicional, sin juicios, sin etiquetas, rebajando los temores y alertas que sostienen las barreras interiores. Este aprender a convivir desde la tolerancia y el respeto a los demás, es un indicador de la experiencia de fraternidad.

Una comunidad de esperanza así puede salir al encuentro de otros que hablan lenguajes diferentes, es capaz de salir a aquellos lugares de dolor y frontera donde Dios está y a los que nos invita para quedarnos.

Esta comunidad que es Iglesia es la casa en la que las puertas están siempre abiertas, no solo para que todos puedan encontrar acogida y respirar amor y esperanza, sino para que podamos salir a llevar este amor y esta esperanza al mundo.

Comunidad que anuncia y libera

Una comunidad de esperanza está más ocupada y centrada en sembrar que en cosechar.

Hoy el mundo parece querer hacerse insensible al misterio de la vida que brota en forma de milagros cotidianos de amor y de entrega a los demás. Este tipo de mila-

gros no vende. El escepticismo y el pragmatismo han llenado todos los rincones de nuestras formas humanas de vida y solo importa lo que produce beneficios cuantificables y tangibles.

El anuncio de la buena noticia, el anuncio de que Dios cuida siempre de nosotros y nos ama, se ha hecho casi imperceptible hasta para los mismos cristianos, que también estamos sujetos a la eficiencia y eficacia de nuestros proyectos.

Se necesitan comunidades abiertas y tolerantes que no se repliegan sobre sí mismas para buscar la autocomplacencia en su tarea sino compasión y paciencia para comprender los ritmos y las respuestas de los demás, que no siempre coincidirán con nuestras propias expectativas.

Se hace urgente crear comunidades portadoras de fe y esperanza capaces de sembrar gestos y miradas que no juzgan ni condenan, que hacen sentir a la gente bien tratada y cuidada. Hacen falta comunidades proféticas que desvelen las situaciones de injusticia y se atrevan a poner nombre a todo aquello que provoca dolor, miseria y falta de derechos, para tomar partido, denunciarlo y enderezarlo.

Comunidad que sana y se hace cargo

Para sanar y curar heridas ajenas, primero hay que aprender a reconocer y sanar las propias. Ser capaz de reconciliarse con las heridas que vamos acumulando en la vida, los dolores y decepciones, nos hace sentir vulnerables frente al otro, pero también nos sitúa ante la oportunidad de encontrarnos con la fragilidad de los demás, punto de partida para el verdadero encuentro entre personas.

En esta clave, ser comunidad que sana nos aproxima a los límites de nuestro yo más auténtico, vulnerable y necesitado, capaz de reconciliar gestos y miradas y hacerse cargo de la vida de los otros; de esta forma, entabla relaciones de cuidado mutuo y de sostenibilidad de la vida de forma horizontal, abriendo caminos a la verdadera fraternidad, dejando a un lado actitudes asistenciales y de suficiencia, dando valor al cuidado como esencia de lo humano.

Las comunidades de esperanza tienen el reto de promover el cuidado mutuo y la ternura como un modelo de relación entre las personas que diluye todo tipo de fronteras, deben procurar rebajar el miedo a lo desconocido y reconducir los estereotipos que alimentan el racismo, la xenofobia y la discriminación.

Comunidad de hombres y mujeres que se apasiona por el reino de Dios

“La propuesta es el *Reino de Dios* (cfr. *Lc 4,43*); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos”¹⁶.

Las comunidades que son esperanza para otros entienden el trabajo por la justicia como una pasión que va enredando la vida. No se trata solo del impulso apasionado que empuja a cambiar el mundo, a transformarlo desde la denuncia y la incidencia política, del combate diario por conquistar el derecho, la dignidad y las oportunidades para los pobres y excluidos de la sociedad. Es algo que va mucho más allá e implica el todo de cada persona. Sin embargo, el dolor y el sufrimiento cansan y desgastan; la realidad del mundo decepciona y frustra las expectativas porque los cambios tardan en llegar o no llegan nunca.

Por ello, es fundamental alimentar esta pasión manteniendo cierta tensión sana entre lo que vivimos y lo que soñamos, sin acostumbrarnos a las injusticias, manteniendo un talante de insatisfacción e inconformismo que nos hace estar en alerta y atentos a las necesidades reales y cotidianas.

Ser capaces de percibir que la vida nueva emerge mucho más de lo que nos damos cuenta y a pesar de todo lo que nosotros podamos hacer, ser capaces de reconocerlo como semillas del reino de Dios que siembran de novedad lo más insospechado, aviva nuestra pasión y nuestra fe en el Señor de la vida.

La pasión por el reino de Dios, por el trabajo por la justicia, nos convierte en hombres y mujeres que sueñan el sueño de Dios, que buscan amar el mundo, la Creación, la humanidad, a los más pobres y olvidados, a pesar de no poder cambiarlo todo, ni transformarlo. Pero también nos convierte en personas molestas, profetas incómodos que cuestionan el modelo de sociedad y las estructuras con su estilo de vida, con la denuncia de las injusticias, personas llamadas a vivir la santidad en este siglo y “aceptar el camino del Evangelio, aunque traiga problemas”¹⁷.

En medio del dolor y de las incertidumbres de nuestro mundo, de las injusticias escandalosas que se ceban con los más débiles; a pesar de vivir en un tiempo donde el desequilibrio entre riqueza y pobreza genera el mayor abismo de la historia, el

¹⁶ Papa Francisco, *EG* n.180.

¹⁷ Cf. Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, n. 90.

clamor de los pobres y vulnerados es percibido por muchas personas de todos los lugares de la Tierra, con una sensibilidad fina como la del buen samaritano, que escuchan y se movilizan.

Se organizan en asociaciones, ponen en marcha proyectos sociales, crean microempresas, viviendas dignas, organizaciones en defensa de los derechos fundamentales, trabajan en red, aportan dinero que beneficia a personas lejanas y desconocidas, y también se acercan a los excluidos personalmente, de tú a tú, estableciendo nuevas relaciones de dignidad y humanidad.

Cientos de miles de personas en todo el mundo, cristianas y no cristianas, creyentes de otras religiones, personas que llevan el germen de la solidaridad y de la fraternidad en sus entrañas, están decidiendo no pasar de largo y se paran junto al pozo o en los márgenes de pueblos y ciudades para poder encontrarse con los maltratados, con los pobres, con los migrantes de todas las fronteras y de todos los caminos.

Hoy, nosotros, aquí y ahora, estamos llamados a mejorar el mundo poniendo al servicio de la justicia y de la caridad nuestros dones y talentos, para responder con nuestra propia vida a la realidad que nos reclama, que no es otra que la de hombres y mujeres que sufren, claman y denuncian su dolor, y nos piden que tomemos parte en sus sueños de esperanza que también son los nuestros.





Tu compromiso
mejora el mundo

Síguenos en  facebook.com/caritas.espanol y en  [@_CARITAS](https://twitter.com/_CARITAS)

www.caritas.es


Cáritas